



Como amigos

La independencia de Cataluña
interesa a los españoles

Alfred Bosch

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

© Félix Pérez Lara

Hay quien define a Alfred Bosch como representante del independentismo amable en Cataluña. Escritor, académico y político, ha publicado gran número de novelas de ambientación histórica, así como ensayos centrados en África y Europa. Ha enseñado en diversas universidades del mundo (Barcelona, Madrid, Chicago, Johannesburgo, Washington, Ibadan, Londres...). Desde 2011 es portavoz de Esquerra Republicana en el Congreso de los Diputados.

«La independencia de Cataluña es inevitable e irreversible» dice Alfred Bosch, «porque la gente lo quiere; lo único que podemos decidir es cómo se produce. Si hacemos caso de Adam Smith, la libertad nacional de Cataluña multiplicará y estimulará el libre comercio con España. La emancipación de Cataluña es la mejor oportunidad para los españoles de reaccionar y activar una segunda transición. Aplastar la voluntad mayoritaria de los catalanes degradaría y ahogaría a la democracia española.» Éstas y otras ideas se contienen en este polémico libro, que por primera vez intenta convencer a los españoles de las bondades de una república catalana independiente.

*A la Paula, que als 11 anys inspira obres.
Ben aviat conquerirà.*

Porque os respeto

–Eh, tú!

Este tío va a por mí, pensé. Era de noche, cerca de Sol, y en la penumbra de una callejuela madrileña se me aparecía ese joven con chaqueta de cuero, cresta colorada y botas de correas. Se me acercó, o mejor dicho se me abalanzó, y en pocos segundos imaginé calamidades. Esa cresta se me tiraría encima y por los bajos una navaja me acuchillaría, o todavía peor; la parte rapada del cráneo chocaría contra mi cabeza, sería víctima de un atentado ultra y me convertiría en un mártir de la patria... En dos décimas de segundo me rebelé contra mi destino. ¿Realmente tenía que ser yo, el Braveheart catalán?

–¿Oye, tú eres ése, verdad? –me dijo.

Era enorme, el aspecto era feroz, y ya estaba empezando a pensar en la brevedad de la vida, en mis hijos y en lo mal que quedaría en las fotos con la crisma abierta. Pero había algo en el tono del joven que me hacía dudar y entrar en la fase Woody Allen, esa fase en que empiezas a sospechar que los grandes temores nacen de minúsculos peligros. La voz del tipo no era desagradable; y además, un neonazi no preguntaría sobre tu identidad antes de acometer, ¿verdad? Los atracadores no piden el DNI a sus víctimas, ¿no es cierto?

–Sí, hombre, tú eres el de Esquerra, el diputado...

De repente, me pareció que la cara del joven se endulzaba y me invadió un respiro. Incómodo, algo embarazoso, pero respiro al fin y al cabo. Él sonrió y yo intenté hacer una mueca de correspondencia. Era un buen hombre; ya no parecía tan enorme ni tan feroz, y ya no llevaba tantas correas ni la cresta era tan imponente. Y apareció detrás de él una chica, seguramente su chica, que hasta entonces no había advertido. Con sonrisa de ángel.

–Seguramente sí que lo soy –respondí, estudiando todavía al joven–... para servirle.

Los celos se desvanecieron, y con ellos desaparecieron las pesadillas absurdas. El chico me tendió la mano y me felicitó efusivamente. Me dijo que era madrileño, más bien apolítico y un fervoroso admirador mío. Le pregunté si eso tenía que ver con mis convicciones o con las propuestas que hacíamos. Él negó con la cabeza. Le independenciamos a Cataluña y todo ese rollo se la sudaba, afirmó literalmente. Como si nos daba por convertirnos en Hare Krishna. Además, dijo, estaba harto de los políticos.

–Ya... pero yo soy político.

–Bueno, no sé –espetó–, tú lo que eres es un hombre de palabra. Dices lo que piensas y piensas lo que dices. Yo te creo. Me da igual lo que defiendas mientras no me mientas. Y mientras me respetes. Y es lo que haces, respetarme.

Se despidió con otro apretón, agarró a su novia con la desenvoltura de las relaciones fugaces, y ambos se perdieron en la oscuridad. Yo me quedé embobado. Había pasado de ver el peor monstruo y enemigo a ver casi a un compañero de fatigas. La guerra se había esfumado y se había convertido en diálogo. Como independentistas catalanes, a veces

despertamos gran antipatía, como políticos también, y lo que me decía el joven es que había algo más importante que la política para formar su opinión sobre mí. En su rostro había aprecio, incluso afecto. Porque yo lo respetaba, decía.

Tal vez el sentimiento era muy parecido al de todos aquellos que aseguran que «los de Esquerra al menos no engañáis». Esa impresión, la de que siempre hablamos claro, sin duda conecta con la noción del respeto. Porque sin claridad, sin sinceridad, sin verdades, aunque sean tus propias verdades siempre opinables, sin todo eso no hay respeto. Ni por parte del emisor ni por parte del receptor. En contraste, la peor muestra de desprecio es mentir o engañar a tu interlocutor. Usando el lenguaje de mi joven y casual interlocutor, quien dice lo que no piensa, o piensa lo que no dice, no suele gustar. Pierde el respeto y en justa correspondencia no será respetado.

Ese hombre joven me dio una gran lección. No hay que quedarse en las apariencias. No hay que medir a tu potencial adversario por tus prejuicios, porque es posible que al fin y al cabo no sea ni rival. Hay que andar sereno en medio de la noche, y aceptar una mano tendida. No hay que tener miedo a nadie ni a nada. Sólo hay que saber defender las convicciones con firmeza y con corrección. ¿Es posible entenderse? Sin temores infundados y sin renunciadas, siempre es posible. ¿Juntos, separados? Eso hay que decidirlo en libertad. Pero es posible ser amigos, sin invadir la libertad y dignidad del otro y sin que te invadan tu libertad o dignidad. Respetando siempre.

A partir de ese día en la Puerta del Sol lo tuve más claro que nunca; la relación que quiero con los españoles, con España como pueblo, es la relación de la cordialidad y de la verdad, la que se mide en el respeto. No pienso rebajar o edulcorar mis convicciones para caer más simpático, ni usar lenguajes distintos según donde me encuentre. El secreto de una buena relación, en este caso entre un repre-

sentante político y la gente, o incluso entre gentes y pueblos, es esa línea tan valiosa que une la sinceridad con la cordialidad. Y es por eso que he escrito este modesto libro. Para contaros mi modesta verdad desde el más absoluto y riguroso respeto.

El gobierno español no es España. El poder español no es igual que el pueblo español. El Estado español, aunque con frecuencia se confunda, no es la nación española. Tales distinciones parecen obvias, y sin embargo hay que repetir-las hasta la saciedad. Es fundamental comprender que la oposición a los poderes del Reino no es en absoluto una lucha contra la gente. Cuando desde Cataluña decimos que queremos a los españoles como amigos y vecinos, nos estamos remitiendo a esa precisa noción. La sensación de estar sometidos a un gobierno foráneo, que no escucha, que hurta, que coarta y prohíbe, no tiene nada que ver con la relación que podemos mantener con un pueblo hermano.

Es lógico que al gobierno español le interese confundir ambas cosas, gente y poder, porque así se puede permitir retratar cualquier oposición al Estado como si fuera odio hacia todo un pueblo. Pero debemos evitar hacerles el juego. Incluso cuando se expone que el pueblo español es quien ha votado a su gobierno debemos aplicar sumo cuidado, puesto que el voto no es vinculante hasta ese extremo; los gobiernos pueden incumplir, engañar y disociarse de la gente que los han elegido. Asegurar que combatir el poder equivale a combatir la nación sería tanto como decir que quien critica el caso Bárcenas, o el caso Urdangarín, o cualquier abuso del poder, está en contra de los españoles en su conjunto. Equivaldría a sostener que el pueblo es culpable de cualquier fechoría que cometan sus representantes.

Así como es natural, sencillo y lógico respetar a los españoles en general, desde Cataluña resulta muy difícil res-

petar a los poderes del Estado, precisamente debido a la inclinación de éstos por perder el respeto al pueblo catalán (y al español también). Un caso emblemático para nosotros es el de la escuela catalana; el modelo acordado y ampliamente aceptado de la inmersión lingüística ha sido con frecuencia sometido a la hostilidad de los poderes españoles, sea el legislativo, ejecutivo o judicial. Es comprensible, ante dilemas como éste, que imaginemos que en una Cataluña independiente el consenso en las escuelas será más respetado. Al constituir un Estado a parte, a ningún juez español ni a ningún ministro le molestará que la escuela sea del todo en catalán, de la misma forma que a nadie le molesta que en Portugal sea del todo en portugués.

La falta de respeto reiterada del poder español hacia el pueblo de Cataluña, hasta el extremo de no admitir el derecho a votar sobre su futuro político, es uno de los motores principales del independentismo. Está muy extendida la idea de que la apuesta del entendimiento mutuo es una apuesta perdida, de que nunca habrá un gobierno comprensivo y justo en el Reino de España. La desilusión tras todos los intentos de encontrar encaje nos remite al mismo punto; es creencia general que el poder español ha perdido el respeto a los ciudadanos de Cataluña. Ante esa percepción de agravio, una mayoría creciente se alza con la fortaleza del amor propio que citaba Thomas Paine en *Los Derechos del Hombre*, e invoca a los poderosos.

«Sois hombres o sois dioses?... Puesto que sois hombres, no podéis retener nuestra libertad.»

Fracturada ya la relación con los poderes del Estado, queda abierta la vía del respeto con la gente, con la nación española. A estas alturas, a muchos catalanes, seguramente la mayoría, la amistad y la buena vecindad pasan por formar

un nuevo Estado en Catalunya, que proteja, con la carga simbólica necesaria, ese diálogo entre iguales. Como diría el pensador Xavier Rubert de Ventós, para abrazarse bien, para abrazarse de verdad, hay que ser dos, porque uno solo lo tiene crudo. Pues por separado, sin las distorsiones de los poderosos, no hay duda de que podremos ser muy buenos vecinos y mejores amigos. Desde el respeto.

«¿Por qué nos odias tanto, jodido catalán de mierda?»

Disculpen el lenguaje, pero he querido reproducir el mensaje auténtico. Alguien lo colgó en un medio digital como comentario anónimo al gesto político de exhibir una bandera estelada (independentista) desde la tribuna del Congreso, que realicé en junio de 2012. Y no es, por desgracia, una observación excepcional. A diario recibimos correos, tuits y comentarios injuriosos, llenos de rencor, que denuncian nuestra presunta antipatía congénita hacia todo lo español. Observaciones que, curiosamente, rezuman odio por los cuatro costados y que nos acusan a nosotros de ser portadores de bilis.

Quiero insistir que en esa acción con la bandera estelada intenté ser muy cuidadoso para impedir que fuera vista como una provocación. Se trataba de un gesto para denunciar el intento de prohibir por ley las banderas independentistas en los estadios de fútbol y las agresiones producidas contra jóvenes que habían portado tales banderas. Discutimos en equipo el lenguaje y la gestualidad que yo debía evitar para que nada fuera malinterpretado. A la par que desplegaba la enseña, dije que ésa era una bandera de paz, de tolerancia y que no iba contra nadie. Poco después, preguntaba dónde residía el odio, si en la libertad o en la prohibición. Todo está grabado y disponible en la red, y

opino que al margen de ser una imagen impactante, el tono de la acción resultó muy contenido.

Incluso con tanta prevención y mesura, hubo personas que interpretaron el gesto como una muestra de enemistad. Eso nos sucede con frecuencia; lo que para un catalanista es un acto de dignidad positivo, para determinados españoles se traduce como una agresión o un insulto. Todavía hay gente que cuando oye hablar catalán se lo toma como una ofensa, y aún hay mucha más que interpreta que el anhelo por un Estado catalán equivale a dañar o dinamitar España. Que alguien exhiba una bandera reivindicativa palestina (como ya se ha exhibido en el Congreso), o kurda, o escocesa, no es considerado ofensivo; una portuguesa o francesa mucho menos. Una catalana, máxime cuando es enseña de liberación, es considerada vejatoria.

En la base de ese sentimiento descansa la idea atávica de que Cataluña no tiene derechos equivalentes a Palestina, Escocia o el Kurdistán, o cualquier otro pueblo, porque en realidad no constituye nación; formaría parte indisoluble de España, casi de forma biológica, y separarla sería un acto contranatura, que entrañaría violencia por definición. Los independentistas lo vemos distinto, claro está; sostenemos que el futuro de los pueblos no está fijado, y que cada comunidad tiene el derecho de decidir su propio devenir. Nadie pertenece a nadie. En ese sentido, buscar una República Catalana no es romper con nadie, es trabajar en afirmativo, ayudar a que germine un nuevo árbol en el jardín de los pueblos.

Los que creemos en las bondades de la independencia de Cataluña estamos tan convencidos, que sentimos la necesidad de contarlo a los españoles, y seducirlos sería un inmejorable premio, de la misma forma que la mayor conquista de Gandhi fue conquistar los corazones británicos, o en el caso de Nelson Mandela lo fue la conquista de los corazones blancos. Opino que esa seducción no me parece misión imposible, ni mucho menos. Estoy convencido de

que lo que más puede ayudar al desarrollo y al crecimiento de España no es un enfrentamiento para aplastar la libertad catalana; estoy seguro de que la emancipación catalana puede producir un modelo nuevo, útil y beneficioso. Que no acabará con España, sino que la liberará de ciertos fantasmas, que la reconciliará con ella misma, que la hará más coherente como nación y que le puede ofrecer beneficios comerciales, políticos y morales. Con una Cataluña soberana como vecina, España creo que puede salir ganando.

Por lo menos, algunas cosas se esfumarían para siempre. Por ejemplo, la pesada insistencia de algunos catalanes en cambiar España; esa obsesión en convertirla en federación o confederación, en forzar un modelo plural que tal vez la mayoría de españoles no persiguen. En introducir un multilingüismo o un reparto de soberanías o una financiación territorializada que nunca ha sido anhelada en el resto del reino... Por decirlo claro: librarse de Cataluña también puede suponer un buen respiro.

—¿Y ésa, sabes qué bandera es ésa? —le pedí a Paula, mi hija de once años.

—Claro, muy fácil —respondió ella—; ésa es la bandera de la independencia de España.

La enseña en cuestión era la republicana, y el comentario de mi hija, tan revelador en su poderosa inocencia, me dio qué pensar. Para empezar, es sabido que el morado de la tricolor española incorpora a Castilla, pieza central de la nación española. Aunque parezca mentira, resulta que Castilla no está contemplada en los colores de la bandera monárquica (aunque sí en el escudo), dado que el rojo y el oro se remontan en origen al estandarte de Aragón y Cataluña, el cual a partir de su uso naval pasó a la Marina y después al Reino de España. La bandera republicana, pues, es el símbolo más representativo e inclusivo de la España castellana.

Pero más allá de la vexilología, el proyecto republicano descansa sobre la idea de una soberanía española renacida. Al rechazar la corona (borbónica y por tanto de raíz francesa), al reclamar la soberanía del pueblo liberado de cualquier absolutismo, autoritarismo y despotismo, es en cierto modo una bandera independentista. No es ninguna casualidad que Azaña sostuviera con pasión que «el bien supremo es la dignidad y la independencia de España». No es extraño que los mayores defensores y propagandistas de los valores del Dos de Mayo, de la guerra de la Independencia (española), de la Constitución de Cádiz y del nacionalismo democrático sean con frecuencia republicanos. Porque la independencia de la tiranía no se limita a la tiranía forastera, lógicamente; se extiende a la tiranía española.

Todo eso no ha implicado nunca aceptar la escisión de Cataluña, dirán algunos, y en una perspectiva histórica tendrán mucha razón. Ni Azaña ni casi ningún republicano de matriz castellana abogaron por un Estado catalán... aunque la mayoría de los catalanes, y algunos iberistas portugueses, sí que lo hicieron. Pero cabe señalar que lo que sí defendieron muchos fue la independencia española respecto a sus obligaciones imperiales, sus posesiones, su vocación expansiva o la pesada carga de las guerras coloniales. Y en general, mantuvieron una actitud mucho más abierta respecto al reconocimiento de la realidad catalana, a un cierto grado de autogobierno y a una aceptación, aunque fuera a regañadientes, de la diferencia.

Con esos precedentes, el republicanismo español tal vez estaría mejor equipado para afrontar una reforma a fondo de la españolidad, que tendría que incluir hoy en día la aceptación de la libertad y la autodeterminación de Cataluña. La Tercera República Española, si quisiera renovar a fondo la nación, podría contar con una República Catalana amiga, pero jamás con una autonomía catalana sujeta a leyes negacionistas, leyes que impidan la madurez y la libertad de un pueblo. La tricolor, pues, podría llegar a repre-

sentar algún día una España distinta, podría encarnar el independentismo de una España, hija de los comuneros y de Mariana Pineda y de Riego, que no dependiera de la necesidad de aplastar a otros pueblos.

Yo sé que un día nos encontraremos frente a frente, pueblos próximos y libres; que nos miraremos a los ojos sin miedo ni rencor, con el máximo respeto y con la dignidad que vestimos. Yo sé que ese día nos situaremos a la altura de lo que los tiempos nos reclaman, de lo que nuestros hijos y descendientes esperan de nosotros. Cumpliremos con el deber que nos impone la historia y con el legado que nos exige la posteridad. Sé que lo haremos colectivamente porque es nuestra obligación moral y porque está escrito que en alguna hora, en la hora que queramos arreglar nuestra parte del mundo y hacer algo mejor, no tendremos más remedio que comportarnos como gente decente. Y a partir de ese día, sé que podremos descansar con la satisfacción de los asuntos bien arreglados y decir; lo hicimos bien, hicimos lo que se esperaba de nosotros y lo logramos.

Sé que Cataluña votará sobre su libertad nacional, y que España lo respetará. Es inevitable, eso sucederá más tarde o más temprano, porque vivimos en la Europa del siglo XXI, y quien quiera escupir contra el viento ha de saber que se acabará ensuciando. No se puede ir contra los aires del cambio, así que más vale asumirlo cuanto antes y probar de afrontar lo que tenga que venir con entereza y con ganas de obrar correctamente. Poner puertas al campo no frena las ansias de una mayoría de catalanes, sino todo lo contrario, como lo demuestra la experiencia.

Yo llamo a la buena gente de España, a la inmensa mayoría. Yo pido a los españoles de corazón y de integridad que actúen como lo que son, gente honesta y generosa, amante de sus hijos y de la paz. Les ruego a los españoles